

¿QUIÉN SOY YO... y cuántos?

MÁS DE
UN MILLÓN
DE EJEMPLARES
VENDIDOS EN
ALEMANIA

Richard David Precht

Ariel

Richard David Precht

¿Quién soy yo... y cuántos?

Un viaje filosófico

Traducción de Marc Jiménez Buzzi

Ariel

Título original: *Wer bin ich – und wenn ja, wie viele?*

1.ª edición en esta presentación: junio de 2015

Edición anterior: octubre de 2009

© 2007, Wilhelm Goldmann Verlag

© de la traducción: Marc Jiménez Buzzi

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo y propiedad de la traducción:

© 2009 y 2015: Editorial Planeta, S. A. Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2243-8

Depósito legal: B. 10.765 - 2015

Impreso en España por

Limpergraf

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Índice

Introducción	9
¿Qué puedo saber?	
<i>Animales inteligentes en el universo</i>	
¿Qué es la verdad?	19
<i>«Lucy in the Sky»</i>	
¿De dónde venimos?	27
<i>El cosmos del espíritu</i>	
¿Cómo funciona mi cerebro?	37
<i>Una noche de invierno en la guerra de los Treinta Años</i>	
¿Cómo sé quién soy yo?	47
<i>La experiencia de Mach</i>	
¿Quién es «yo»?	57
<i>Mr. Spock ama</i>	
¿Qué son los sentimientos?	67
<i>Una casa sin dueño</i>	
¿Qué es mi subconsciente?	77
<i>¿Cómo era aquello?</i>	
¿Qué es la memoria?	87
<i>La mosca en la botella</i>	
¿Qué es el lenguaje?	97
¿Qué debo hacer?	
<i>El error de Rousseau</i>	
¿Necesitamos a otras personas?	111
<i>La espada del matador de dragones</i>	
¿Por qué ayudamos a los demás?	117
<i>La ley dentro de mí</i>	
¿Por qué debo ser bueno?	123

<i>El experimento de Libet</i>	
¿Puedo querer lo que quiero?	131
<i>El caso Gage</i>	
¿Hay moral en el cerebro?	141
<i>Siento algo que tú también sientes</i>	
¿Vale la pena ser bueno?	147
<i>El hombre del puente</i>	
¿Es innata la moral?	153
<i>La tía Bertha debe vivir</i>	
¿Es lícito matar a ciertas personas?	161
<i>El nacimiento de la dignidad</i>	
¿Es moral el aborto?	167
<i>Momento final</i>	
¿Debería permitirse la eutanasia?	179
<i>Ni carne ni pescado</i>	
¿Es lícito comer animales?	191
<i>El simio en la selva de la cultura</i>	
¿Cómo debemos tratar a los antropoides?	201
<i>El tormento de las ballenas</i>	
¿Por qué debemos proteger la naturaleza?	211
<i>Opiniones de un clon</i>	
¿Es lícito hacer copias de los seres humanos?	221
<i>Hijos a la carta</i>	
¿Adónde lleva la medicina reproductiva?	231
<i>El puente hacia el reino de los espíritus</i>	
¿Qué puede hacer la investigación del cerebro?	243

¿Qué me cabe esperar?

<i>La más grande de todas las ideas</i>	
¿Existe Dios?	255
<i>El reloj del arcediano</i>	
¿Tiene sentido la naturaleza?	265
<i>Una improbabilidad trivial</i>	
¿Qué es el amor?	275
<i>Do be do be do</i>	
¿Qué es la libertad?	287
<i>El aceite usado de Robinson</i>	
¿Necesitamos la propiedad?	299
<i>El juego de Rawls</i>	
¿Qué es justo?	307
<i>Islas de la bienaventuranza</i>	
¿Qué es una vida feliz?	317

<i>El jardín lejano</i>	
¿Se puede aprender la felicidad?	327
<i>La máquina de Matrix</i>	
¿Tiene sentido la vida?	335
Apéndice	345
Índice de nombres	363

SILS MARIA

Animales inteligentes en el universo

¿Qué es la verdad?

«En algún apartado rincón del universo centelleante, desparramado en innumerables sistemas solares, hubo una vez un astro en el que animales inteligentes inventaron el conocimiento. Fue el minuto más altanero y falaz de la “historia universal”: pero, a fin de cuentas, sólo un minuto. Tras breves respiraciones de la naturaleza, el astro se heló y los animales inteligentes hubieron de perecer. Alguien podría inventar una fábula semejante pero, con todo, no habría ilustrado suficientemente cuán lastimoso, cuán sombrío y caduco, cuán estéril y arbitrario es el estado en el que se presenta el intelecto humano dentro de la naturaleza. Hubo eternidades en las que no existía; cuando de nuevo se acabe todo para él no habrá sucedido nada, puesto que para ese intelecto no hay ninguna misión ulterior que conduzca más allá de la vida humana. No es sino humano, y solamente su poseedor y creador lo toma tan patéticamente como si en él girasen los goznes del mundo. Pero, si pudiéramos comunicarnos con la mosca, llegaríamos a saber que también ella navega por el aire poseída de ese mismo *pathos*, y se siente el centro volante de este mundo.»

El hombre es un animal inteligente que se sobrevalora a sí mismo de forma total y completa. Su razón, lejos de orientarse hacia la verdad, se orienta hacia las pequeñas cosas de la vida. Este texto, poético como pocos en toda la historia de la filosofía y, quizá, el inicio más bello de un libro filosófico, fue escrito en 1873 con el título de *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Su autor, Friedrich Nietzsche, contaba a la sazón

veintinueve años y era profesor de filología antigua de la Universidad de Basilea.

Sin embargo, Nietzsche no publicó este texto sobre los animales inteligentes y presuntuosos, en el que sostenía ante el hombre un espejo singularmente despiadado, pues había salido escaldado tras la publicación de su libro anterior, que versaba sobre los fundamentos de la cultura griega. Sus críticos habían tachado este libro de poco científico y de absurdidad especulativa, reproches en buena medida justificados. Se habló entonces de una gran promesa fracasada, y la fama de Nietzsche como filólogo quedó arruinada.

El joven filólogo había suscitado grandes esperanzas. El pequeño Fritz, como Nietzsche era conocido familiarmente, nació en 1844 en el pequeño pueblo de Röcken, hijo de un pastor luterano y de una madre muy devota. El padre murió cuando Nietzsche tenía cuatro años y poco después falleció el hermano pequeño. La familia se trasladó a Naumburg, y Fritz creció en una casa en la que sólo vivían mujeres. Su talento no pasó desapercibido ni en la escuela primaria ni, más tarde, en el *Domgymnasium*. Tras completar sus estudios en el famoso internado de Schulpforta, en 1864 se matriculó en la Universidad de Bonn para realizar estudios de filología clásica. Paralelamente empezó estudios de teología, que abandonó al término del primer semestre. La gran ilusión de su madre era que su hijo siguiera los pasos de su difunto esposo y se hiciera párroco, pero el «pequeño pastor» (como llamaban en son de burla al piadoso hijo del párroco) había perdido la fe. La madre, la casa parroquial y la fe las sentía Nietzsche como una prisión de la que se hubiera escapado, pero esta ruptura lo carcomió toda la vida. Un año después se fue a Leipzig siguiendo a su profesor y mentor, Friedrich Ritschl, quien lo tenía en tanta estima que lo recomendó a la Universidad de Basilea, donde en 1869 el joven de veinticinco años se convirtió en catedrático supernumerario. La universidad le concedió de golpe los cursos que le faltaban y también el doctorado y la cátedra. En Suiza conoció a importantes eruditos y artistas de la época, entre ellos a Richard Wagner y su mujer, Cósima. El entusiasmo que Nietzsche sentía por Wagner era tan grande que en 1872 su música patética lo indujo a escribir el no menos patético ensayo sobre *El nacimiento de la tragedia a partir del espíritu de la música*.

El libro de Nietzsche no tardó en ser despachado. La antítesis entre lo supuestamente «dionisiaco» de la música y lo supuestamente «apolíneo» de las artes plásticas, aparte de haber sido formulada ya por los primeros románticos, era una vana especulación que no resistía un examen histórico. Además, el mundo erudito de Europa andaba entonces ocupado con una tragedia mucho más importante. Un año antes Charles Darwin, célebre botánico inglés con estudios de teología, había publicado su libro sobre *El origen del hombre*. A pesar de que la idea de que el hombre podía haberse desarrollado a partir de formas primitivas ya se había sugerido doce años antes –el propio Darwin, en *El origen de las especies*, había afirmado que su teoría proyectaría «una importante luz» sobre el hombre–, el libro fue una piedra de escándalo. En la década de 1860 numerosos investigadores de la naturaleza habían sacado la misma conclusión cuando incluyeron al hombre en el reino animal y señalaron su afinidad con el gorila, animal recientemente descubierto. Hasta la primera guerra mundial, la Iglesia, sobre todo en Alemania, combatió a Darwin y sus partidarios. Sin embargo, desde el principio se hizo evidente que ya no era posible volver a la anterior visión del mundo. Dios, entendido como el creador y el guía del ser humano, había muerto. La victoria de las ciencias naturales se plasmó en una nueva concepción del hombre de lo más modesta: de repente los monos ofrecían más interés que Dios. La concepción del ser humano como una criatura igual a Dios se fracturó en dos partes: la parte sublime, en la que ya no se podía creer, y la verdad llana del hombre considerado como un animal inteligente.

El entusiasmo de Nietzsche por esta nueva verdad fue grande. «Todo lo que necesitamos –escribió más tarde– y que sólo gracias al nivel actual de las ciencias particulares puede sernos dado, es una *química* de las representaciones y los sentimientos morales, religiosos, estéticos, lo mismo que de todas esas emociones que experimentamos en nosotros en el grande o pequeño trajín de la cultura y de la sociedad, e incluso en soledad.» En el último tercio del siglo XIX numerosos científicos y filósofos trabajaron precisamente en el desentrañamiento de esta «química»: esto es, en una teoría biológica de la existencia, sin Dios. Ahora bien, el propio Nietzsche no se ocupó ni pizca de este campo. La cuestión que a él le daba que pensar era bien dis-

tinta, a saber: ¿qué implicaba este punto de vista, sobrio y científico, para la comprensión de sí mismo del ser humano? ¿Lo hacía más grande o más pequeño? ¿Lo había perdido todo, el hombre, o ganaba algo al verse a sí mismo de una manera más lúcida? Estas preguntas son las que se planteó en el ensayo *Sobre verdad y mentira*, quizá el texto más bello de cuantos escribió.

A merced de su humor cambiante, Nietzsche dio distintas respuestas a la pregunta de si el hombre se había hecho más grande o más pequeño con su nuevo conocimiento. En sus frecuentes fases de depresión y abatimiento predicaba el evangelio del lodo; cuando se sentía eufórico, en cambio, se dejaba llevar por la altivez y soñaba el superhombre. Sus fantasías entusiásticas y la atronadora arrogancia de sus libros ofrecían un contraste verdaderamente espeluznante con su aspecto: el de un hombre pequeño, algo corpulento y delicado. Un mostacho altanero confería cierto fuste y virilidad a su rostro delicado, pero las numerosas enfermedades que sufrió desde la infancia hacían que pareciera y se sintiese débil. Sufría de una fuerte miopía, dolores estomacales y terribles migrañas. A los treinta y cinco años de edad, con la salud maltrecha, puso fin a su actividad docente en Basilea. Se ha afirmado muchas veces que la causa de su enfermedad fue la sífilis.

En el verano de 1881, dos años después de abandonar la universidad, descubrió casi por casualidad su paraíso personal: el pueblecito de Sils Maria, situado en la Alta Engadina suiza, paisaje fantástico que de inmediato le entusiasmó e inspiró. En los años siguientes acudió continuamente a ese lugar, donde hacía largos paseos solitarios y alumbró pensamientos apasionados. Muchos de ellos los vertía a papel durante el invierno, que pasaba en la costa mediterránea, en Rapallo, Génova y Niza. En la mayor parte de estos escritos, de gran calidad literaria, se mostró como un crítico inteligente y despiadado que pone el dedo en la llaga de la filosofía occidental. En lo tocante a sus propuestas de una nueva teoría del conocimiento y una nueva moral, en cambio, se embriagó con un ingenuo darwinismo social y a menudo caía en una cursilería ampulosa. Cuanto más grandilocuentes son sus textos, más lastimosos resultan sus aspavientos. «Dios ha muerto», no se cansaba de repetir una y otra vez, pero la mayoría de sus contemporáneos ya lo sabían por Darwin y por otros.

En 1887, al contemplar por penúltima vez las cumbres nevadas de Sils Maria, retomó de su antiguo ensayo el tema de los animales inteligentes, el problema de los límites del conocimiento humano. Su polémico libro *La genealogía de la moral* comienza con las siguientes palabras: «Nosotros los que conocemos somos desconocidos para nosotros, nosotros mismos somos desconocidos para nosotros mismos: esto tiene un buen fundamento. No nos hemos buscado nunca... ¿cómo iba a suceder que un día nos encontrásemos?». Como era su costumbre, Nietzsche habla de sí mismo en plural, como si estuviera describiendo por vez primera una especie animal muy especial: «Nuestro tesoro está allí donde se asientan las colmenas de nuestro conocimiento. Estamos siempre en camino hacia ellas cual animales alados de nacimiento y recolectores de miel del espíritu, nos preocupamos de corazón, en verdad, de una sola cosa: de “llevar a casa” algo». No le quedó mucho tiempo para ello: dos años después sufrió un colapso en Turín. Su madre fue a recoger a Italia al hijo de cuarenta y cuatro años y lo llevó a una clínica de Jena. Tras abandonar la clínica, Nietzsche fue a vivir con su madre, pero ya no escribiría nada más. Ocho años más tarde murió la madre, y el filósofo, en un estado avanzado de enajenación mental, pasó los últimos años de su vida en casa de su hermana, por la que no sentía un cariño especial. El 25 de agosto de 1900, a la edad de cincuenta y cinco años, Nietzsche murió en Weimar.

Su amor propio, que jaleaba en sus libros a la menor ocasión, era grande: «Conozco mi suerte. Alguna vez iré unido a mi nombre el recuerdo de algo gigantesco». Pero ¿en qué consistía la enormidad de Nietzsche, esa enormidad que en verdad habría de convertirlo en el filósofo más influyente del siglo xx?

El gran mérito de Nietzsche radica en su crítica, inmisericorde en el fondo y enérgica en la expresión. Con más pasión que cualquier otro filósofo antes que él, se afanó por mostrar la soberbia y la inconsciencia con las que el hombre juzga el mundo en el que vive, según la lógica y la verdad de su especie: la lógica de la especie humana. En contra de la presunción de los «animales inteligentes», que se creen adornados de una condición exclusiva, Nietzsche sostuvo con vehemencia la opinión de que el hombre, en realidad, es un animal, circunstancia que determina su pensamiento y se plasma en sus pulsiones

e instintos, en su voluntad primitiva y en los límites de su facultad cognoscitiva. Por tanto, la gran mayoría de los filósofos occidentales se habían equivocado al considerar al hombre un ser especial, una especie de superordenador del autoconocimiento. Pues ¿puede el hombre conocerse a sí mismo y la realidad objetiva? ¿Acaso está capacitado para ello?

La mayoría de los filósofos no dudaron a este respecto, y algunos de ellos ni siquiera se plantearon esta pregunta; dieron por supuesto, como si de algo obvio se tratara, que el pensamiento humano era algo así como un pensamiento universal. No consideraban al hombre un animal inteligente, sino un ser situado en un plano totalmente distinto. Negaron por sistema su pertenencia al reino animal, una pertenencia que al afeitarse por la mañana les sonreía sardónica en el espejo y por la noche los acechaba entre las sábanas. Uno tras otro fueron cavando una gran zanja entre el hombre y el animal. La razón y el entendimiento humano, su facultad intelectual y su juicio, constituían para ellos el único criterio verdadero para valorar los seres vivos, de tal suerte que condenaron lo «meramente» corporal como algo totalmente de segundo rango.

Para validar sus selectas ideas sobre sí mismos, esos filósofos debían partir del supuesto de que Dios había provisto a los hombres con un aparato cognoscitivo superior, con cuya ayuda podían leer en el «libro de la naturaleza» la verdad sobre el mundo. Sin embargo, si era verdad que Dios había muerto, entonces la prestancia de este aparato quedaba en entredicho. En tanto que producto de la naturaleza, la facultad cognoscitiva del ser humano debía considerarse imperfecta. Nietzsche ya había leído esta idea en Arthur Schopenhauer: «No somos más que seres temporales, caducos, hechos con la materia de sueños, que pasamos volando cual sombras». ¿Y cómo iban a disponer los seres humanos de un «intelecto que aprehendiera relaciones infinitas, absolutas?».

La facultad cognoscitiva de la mente humana, tal como intuyeron Schopenhauer y Nietzsche, es una consecuencia directa de las exigencias de la adaptación evolutiva. Lo que podemos conocer está limitado por la capacidad de nuestro aparato cognoscitivo, el cual es a su vez resultado de la lucha evolutiva. Como cualquier otro animal, el hombre se modela el mundo a partir de los condicionamientos de sus sentidos y su

conciencia. Una cosa está clara: todo nuestro conocimiento depende en primer lugar de nuestros sentidos. No percibimos nada que no podamos oír, ver, sentir, degustar o palpar; no figurará en nuestro mundo nada a lo que no podamos acceder por la vía de nuestros sentidos. Incluso para podernos figurar las cosas más abstractas, éstas se nos deben ofrecer por medio de símbolos que seamos capaces de ver o leer. Para disponer de una visión del mundo cabalmente objetiva, el hombre necesitaría un aparato sensorial en verdad sobrehumano, que agotara todo el espectro de las percepciones sensoriales posibles: los superojos del águila, el olfato de los osos, que les permite oler a kilómetros de distancia; el sistema sensorial de la línea lateral en los peces, las facultades sismográficas de las serpientes, etc. Pero el ser humano no dispone de estas facultades, con lo que está privado de una visión objetiva completa de las cosas. Nuestro mundo no es el mundo tal como éste es «en sí», como tampoco lo es el del perro ni el del gato, el del pájaro ni el del escarabajo. «El mundo, hijo mío –le dice en el acuario el pez padre a su hijo–, es una enorme caja llena de agua.»

La mirada despiadada que Nietzsche proyectó sobre la filosofía y la religión demostró lo exageradas que eran la mayoría de las definiciones que el ser humano había hecho de sí mismo. (Que el propio Nietzsche alumbrara otras exageraciones y extravagancias es otra cuestión, en la que no nos vamos a detener.) La conciencia humana no fue moldeada a partir de la acuciante pregunta: ¿qué es la verdad?; sin duda, en su formación fue más importante la pregunta: ¿qué es lo mejor para mi supervivencia y progreso? Lo que no reportase nada a este fin tenía pocas posibilidades de desempeñar un papel importante en la evolución del hombre. Nietzsche albergaba la vaga esperanza de que este conocimiento de sí mismo y sus limitaciones hiciera al hombre más inteligente, y lo convirtiera acaso en un «superhombre» con unas facultades cognoscitivas acrecentadas. Pero en este punto conviene ser muy prudentes: ni siquiera todo lo que sabemos sobre la conciencia humana y su «química» –un conocimiento que, como veremos, desde la época de Nietzsche ha realizado enormes progresos–, ni aun los aparatos más sofisticados de medición ni las observaciones más sensibles pueden modificar un ápice la verdad de que el hombre no tiene acceso a un conocimiento plenamente objetivo.

Pero ¿acaso es esto tan malo? ¿No sería quizá mucho peor si el hombre lo supiera todo de sí mismo? ¿Es que necesitamos una verdad que flote por encima de nuestras cabezas, libre e independiente? El camino del conocimiento, en sí mismo, ya ofrece un bello paisaje, sobre todo cuando nos adentramos por la emocionante senda de los laberínticos caminos que conducen hasta nosotros mismos. «No nos hemos buscado nunca... ¿cómo iba a suceder que un día nos encontrásemos?», se preguntaba nuestro filósofo en *La genealogía de la moral*. Intentemos, por tanto, encontrarnos hasta el punto en que nos sea dado encontrarnos en este momento. ¿Qué camino debemos tomar? ¿Qué métodos utilizaremos? ¿Y cómo será lo que encontraremos al final? Si todo nuestro conocimiento depende de nuestro cerebro de animales vertebrados y se produce en él, lo mejor será que empecemos por este órgano. Y la primera pregunta que debemos plantearnos es la siguiente: ¿de dónde procede? ¿Y por qué presenta su actual constitución?